

EL DIFÍCIL ARTE DE... Hacer familia (2)

HISTORIA DE UNA FAMILIA. LOS COMIENZOS.

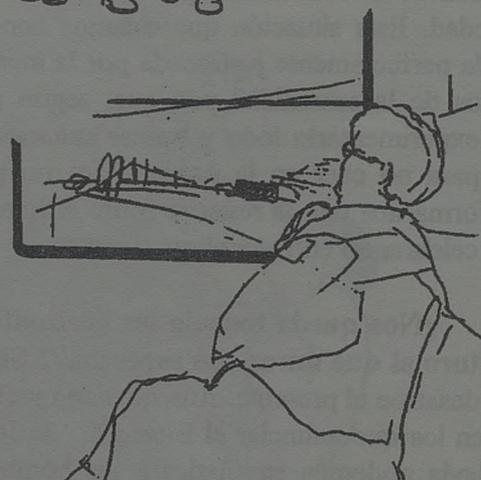
Todo comienza con los sueños de un hombre y una mujer que se quieren que estrenan vida, que se sienten tan atraídos que descubren que el otro es "la mejor persona con la que uno podría pasar el resto de su vida". Tras un tiempo más o menos prolongado de noviazgo, en el que celebran sus coincidencias y sueñan con tenerse del todo y no separarse jamás, un día deciden casarse.

Llegan entonces los primeros desacuerdos. La pareja, que hasta entonces era de dos personas, descubre que cada uno tiene una familia que opina, interfiere y controla los preliminares de la boda, haciendo que entre los dos se levante un sutil muro de distancia y diferencia. Luego, los gastos, las prisas, lo doméstico, lo cotidiano, los agobios... envuelven a la pareja en un prosaico trajín de relaciones y ajetreos que parece enturbiar el amor; ese amor que se va a proclamar a bombo y platillo y a celebrar por todo lo alto.

Tras la boda -con la consiguiente dureza que supone la separación (tan deseada como costosa) del hogar familiar-, la pareja recobra su intimidad y se reencuentra. Comienzan a inventar su nueva familia: aquella con la que cada uno de ellos ha soñado y que, seguramente, será diferente, ya que cada miembro de la pareja aporta su propia experiencia y su propio aprendizaje de lo que es una familia. En cada casa hay unos modos propios de comunicación y unas costumbres igualmente propias (forma de poner la mesa, de usar el baño, de cuidar la ropa...), por lo que en la nueva familia surgen algunas diferencias domésticas que cuestan y que hacen que chirríe la relación, aunque es posible enmascararlas con la ilusión de estar juntos, de no tener que separarse más y de tener toda la vida por delante.

Ahora tendrán ellos dos que ir haciendo esa familia nueva defendiéndose de las interferencias de sus respectivas familias, que -por deseo de protección, por cariño o por inoportunidad- sugerirán, opinarán o aconsejarán otra manera diferente de vivir de actuar. Esta fase de acople resulta ardua y suele ir acompañada del estrés producido por el trabajo, la casa (algo de lo que ninguno de los dos tenía que ocuparse de solteros) y la atención a los padres, a

los que hay ir a visitar a menudo, pues su reclamo de presencia se une a la sensación de los recién casados de "morriña", familiar. Y entonces resulta casi imposible sacar tiempo para la intimidad, para el amor, para estar juntos los dos, solicitados por el trabajo, por las tareas domésticas y por la familia. Y si los hijos vienen pronto, aumentan las dificultades para el encuentro y comienzan los agobios: se duerme mal; el hijo absorbe a la madre, con lo que el padre queda momentáneamente desplazado; se modifica el reparto de tareas; se interrumpe la comunicación; falta tiempo para dedicárselo al otro...; y toda la familia se resiente.



A pesar de todo, se sigue disfrutando del amor. A veces se notan más las discrepancias que las coincidencias; puede que se cuele la desilusión, pero puede también que se sienta mayor atracción por el otro... Y así, cambiando de humor y de amor, se vive esta ensalada de la vida familiar, donde existe la presencia tanto del aceite como del vinagre, de lo positivo como de lo negativo, del amor como del cansancio.